EL ECO LITERARIO.

LEGISLACION.

DEL MINISTERIO FISCAL.

Debido sin duda mas que á preocupaciones, á un espíritu de moralidad, á ese precepto sublime de abnegacion que la conciencia nuestra aplaude y que nos enseñan los libros santos de nuestras creencias religiosas: «Compadece y no vituperes las flaquezas de tus hermanos, y perdona los agravios y los males que de sus manos recibas:" debido á eso, repetimos, es el anatema que la sociedad ha fulminado contra el delator, cuya frente se nos presenta como marcada con la infamia y con la mas abyecta degradacion; parece que su aliento se halla corrompido é infesta cuanto toca, que su mano mancha, y que hasta en las huellas que deja su paso veamos retratado el baldon.

Pero si la observancia cumplida á ese precepto divino es muy digna de elogio, y si la delacion se presenta á nuestros ojos como maldita, no es menos cierto, sin embargo, que tanto desprendimiento, por sublime que sea, podia alentar al malvado en su réproba marcha, si la justicia humana, llenando sus funciones, no atajára el paso al que intente separarse de la línea del deber y trastornar con ello el órden social, y no aplastára con su fuerza al que ha tenido bastante osadía para precipitarse en el crímen, sin reparar que al fin de su camino hay un castigo y tal vez una cuchilla pendiente.

Mas si los ofendidos no se quejan, si los agraviados no acuden á los tribunales, ¿cómo podrán estos egercer su accion? ¿cómo podrán cumplir su encargo? ¿Deberán los jueces descender del alto puesto que ocupan para inquirir los delitos que se cometan? Ellos, encargados de juzgar sin prevencion alguna; ellos, que deben estar exentos de pasiones, ¿habrán de rebajarse hasta la arena de esas mismas pasiones, hasta el campo donde se agitan y luchan y combaten los miembros rebeldes del género humano? ¿O acaso su encargo estará reducido á decidir en vista de los hechos que se ofrezcan á su consideracion? Cuestion es esta difícil de resolver y acerca de la cual vamos, no obstante, á consignar humildemente nuestra pobre opinion.

Si los jueces estuvieran obligados á indagar los delitos que se perpetran, y á la inquisicion de los hechos, creemos que seria poco menos que imposible el que no llegáran á concebir alguna prevencion, bien sea en pro ó en contra de uno ó algunos de los procesados; la fisonomía del tra-

tado reo, sus maneras, su lenguage y hasta su aire, en no pocas ocasiones estudiado, nos cautivan ó crean en nuestro pecho la animadversion, afectos uno y otro que quizá no podamos apartar lejos de nosotros, y que sin embargo podrian hacer incurrir al juez en injusticia. Esto que dejamos apuntado solamente, nos hace pensar que los jueces no deberian tener mas atribucion que la de decidir, que la de aplicar el derecho, sin investigar los delitos y sin descender hasta los hechos, de tal modo, que segun nuestro insignificante parecer, ni aun habrian de inmiscuirse en esa parte inquisitiva de los procesos que se llama sumario. Nunca hemos podido considerar al juzgador imparcial en el funcionario que recibe la indagatoria á un procesado y menos en la confesion, siempre al hacerle los cargos nos ha parecido ver á un acusador.

Empero si los jueces no, ¿quiénes han de desempeñar tales funciones? ¿quiénes han de investigar los crímenes? ¿quiénes han de procurar descubrir á los delincuentes? Nosotros creemos que abogados en nombre de la sociedad ultrajada, que los fiscales deberian entender esclusivamente en esta parte. ¿Mas cómo habian de hacerlo? ¿Cómo hombres dominados por el temor? ¿Cómo hombres animados por la venganza? No, sino como abogados de la ley, que inexorables como ella y desapasionados como ella, han de buscar al criminal, pero solamente al criminal, y sin presentarle con otro colorido ante la vista de los que han de juzgarle que el de la verdad, compañera inseparable de la justicia.=*Pedro Isidro Miquel.*

COSTUMBRES.

LAS POSICIONES.

Toda palabra tiene su acepcion genuina y verdadera; pero el hombre las mas veces le da una interpretacion torcida adaptando su significacion segun conviene á sus deseos. Esto es tan cierto, que por lo regular juzgamos de las cualidades del individuo, sin tomarnos siquiera la molestia de ver si su mote de bautismo corresponde de una manera mas ó menos digna á sus afecciones físicas y morales. Ciertos nombres son un testimonio irrecusable que corrobora nuestro aserto. Sirva de egemplo entre los muchos que pudiéramos citar el de Elvira. ¿Quién, preguntamos, al oirlo no se forja allá en sus adentros una jóven de agraciado semblante, tierna, dócil y apasionada? Y sin embargo padece una equivocacion fatal si al verla y al hablarla tropieza con una muger fea, vieja, insípida y desdeñosa. ¿De qué proviene, pues, esa prevencion favorable ó contraria que se observa en el hombre, dejándose llevar de las apariencias? ¿Qué razon abona tal galimatías? ¿Será acaso porque poetas y novelistas han colocado estos significativos nombres, en almas verdaderamente dignas de comprender los sentimientos de un corazon magnánimo y generoso? ¿Será el capricho del público que adapta las palabras como mejor se le antoja, y las juega, y las baraja y las interpreta á la manera que un hábil prestidigitador mezcla, con-

funde y revuelve un juego de cubiletes? Séase lo que quiera, la verdad es que por efecto de egoismo ó por una aprension inconcebible, hay palabras en el diccionario de nuestra lengua, que sin mas que añadirles una observacion cualquiera, cada prógimo se vale de ellas para demostrar la razon y la justicia de su causa. Sirva de egemplo entre otras la que sirve de epígrafe á este artículo.

--¿Ha renunciado V. á la política, D. Crisanto? le preguntó cierto amigo á un hombre de posicion.

--No señor.

--Está V. tan abstraido....

--Ya vé V.

--¿No se acuerdan de V. los amigos?

--Demasiado; pero mi *posicion* me coloca ventajosamente en mas elevado lugar.

--¡Cómo! si figuraba V. en la candidatura....

--Pues, ¿para concejal?

--¡Ah! ¿quiere V. ser diputado?

--Me corresponde en rigor.

--Sin embargo, hay hombres de reconocido talento que hacen honor á la provincia.

--Sí, pero mi *posicion* me llama á ese lugar.

Así el necio D. Crisanto se queda sin nada, siendo como es un hombre oscuro, pero que ha dado en la manía de querer pasar por persona de influencia, colocándose en muy elevada posicion.

--Buena boda, señor D. Juan: la chica está á partir un piñon con sus padres, y por poco que V. haga se la lleva: esclama un *bonus vir*, todo especulacion.

--¿Está V. en sí? pues ¿y mi *posicion* social?

--¡Calle! ¡ahora sale V. con esas! ¡Posicion social en estos tiempos!.... Miren el vanidoso.

--Nada de eso; pero es preciso conservar el lustre de la casa, y ese casamiento....

--La muchacha es rica, y en muriendo sus padres....

--Pero entretanto....

--Busca V. una colocacion.

--Esa es buena: ¿no sabe V. que no he seguido carrera?

--Lo supongo, pero las matemáticas las habrá aprendido V. cuando jóven.

--No señor.

--La física, la química....

--Menos.

--El dibujo....

--Tampoco.

--La música....

--Tengo la voz ronca; además no habia de ajustarme en ningun teatro.

--Pues entonces ¿qué ha aprendido V?

--La esgrima; tirar á la pistola; montar á caballo para atropellar viejas y chiquillos y llenar de lodo en tiempo de lluvia á cuantos van á pie: saludar *come 'il faut* y dar tormento á los maridos.

--Es V. calavera. ¿Estudia V. para militar?

--¡Militar! ya estuve cuando chico en el colegio y me salí porque querian que alternase con los compañeros y tuviese respeto á los maestros.

--Era muy justo: así aprenderia V. á tener subordinacion.

--¿Y la *posicion* social que saqué de casa de mis padres?

--En conclusion, debe V. casarse, y sino vamos á cuentas. La chica tiene ahora cuatro mil duros que le dejó su tia Doña Sinforosa.

--Esos necesito para el coche.

--¡Cáspita! pues ahora anda V. á pie.

--Es que mi *posicion* social es distinta de soltero que de casado.

--¡Oh! si así echa V. sus cuentas....

--Demostracion. Palco en el teatro, en primer lugar....

--Usted no toma en cuenta que ahora ve las funciones sin tener luneta siquiera.

--Pero la revancha para con los amigos es cosa muy puesta en razon. Casa grande, muebles de lujo, criados, doncellas de servicio, administrador, tesorero....

--No pase V. adelante. Son muchos gastos, y si la muchacha sabe todo eso se vuelve atrás: está muy bien educada y no querrá meterse en esos trotes, ligando su suerte á la de un hombre que para sostener su posicion social necesita las minas del Potosí.

--¿Pero V. no se hace cargo que la *posicion* social del hijo tercero del marqués de.... debe sostenerse con todo el rango y consideraciones debidas á su clase?

--Sí, pero oiga V. una de las máximas del célebre Francklin. *El que vive de esperanzas se espone á morir de hambre.... un oficio vale una hacienda; una profesion es una propiedad que produce honor y provecho.*

El bueno de D. Juan comprende y esplica á su manera la palabra *posicion.*

--¿Por qué no se casa V., Telesfora?

--¡Yo casarme! ahí es un grano de anís. Perder la independencia y libertad que he adquirido con mi nuevo estado.

--Una viudita jóven....

--¿Es una golosina, no es cierto?

--Vamos, que no le fue á V. tan mal con el difunto.

--No señor, seria injuriar su memoria; pero los hombres no son tan buenos como generalmente se cree.

--¡Hola! V. tambien es de aquellas que dicen gato escaldado....

--No lo crea V. Es que quiero conservar mi *posicion* independiente: mientras permanezca viuda, no faltará quien se interese por mí.

--¡Oh! la esperanza en manos de una hábil muger, es un poderoso talisman.

¿Pero entre ese enjambre de adoradores, no hay ninguno digno de ese corazon tan tierno?...

--Usted se burla, D. Luis. Vamos, sino fuera V. tan mi amigo, creeria que V. intentaba hacerme el amor. ¿No cree V. que tan pronto como manifestase preferencia por alguno me abandonarian los demás?

--¿Y qué importaba, si al fin himeneo les unia á VV. en indisolubles lazos?

--Usted se chancea. No falta sin eso, un amigo íntimo que arregle los intereses de la casa con cuidadoso afan, y á quien consulte mis dudas.

--Sí, pero es peligroso un consejero de esa especie: y si el público vé que en el paseo, en el teatro, es su compañero inseparable, sospecharán las gentes....

--Sus canas le ponen á cubierto de las hablillas del vulgo.

--Pero ¿y aquel otro adónis, que tan solícito se muestra?

--Mi sobrina, que siempre me acompaña, tiene quince años no mas, ¡y es tan hermosa!!!

--¡Ah! comprendo, ¿será de editor responsable en alguna ocasion?

--¡Malicioso!

--Es V. muger de talento. Sin embargo, abrigo el escrúpulo de que por oculta que se lleve una cosa, la susceptibilidad del público se despierta muy pronto.

--¡Bobería! una viuda está cubierta de ese que dirán maldito.--En fin, no se canse V.: mi marido me idolatraba: al morir me legó sus bienes y seria una ingratitud ofrecerlos á otro, olvidando hasta su memoria, que es mi mas grato recuerdo. Conozco la sociedad, y sé cuanto aprecia que una viuda jóven y rica, sepa conservar su *posicion*; porque, amigo mio, el gran secreto de la vida consiste en estudiar á fondo el arte de guardar el bulto.

Así esplica Telesfora su *posicion*, envidiable bajo todos conceptos, y de quien como otras muchas pudiera decirse con razon, lo que aquel célebre poeta.

De estas gentes Madrid vive plagado
Que en semejante escuela se han criado.

Francisco Puig y Pascual.

POESIA.

AL HERMOSO NIÑO MANUEL C. Y L.

La bonancible aurora de la vida
Te ofrece un mundo de risueña calma,
Y vaga por su eden bella y perdida
La angélica vision, dicha del alma.
Fantástica ideal, imágen pura
Ornada con la flor de la esperanza,
En cuyo hechizo tu infantil ventura
De sus delicias la ilusion alcanza.
Ella vierte en las horas de tu sueño
La mágia del placer con que las dora,
Y en tu alma mente con ansioso empeño
Posa por fin su imágen seductora.
Dí ¿qué te dicen su fugaz sonrisa
Y su acento armonioso y delicado?

¿Qué de su aliento la fragante brisa
Que perfuma tu rostro nacarado?
¿Intenta acaso con medroso orgullo,
Al envidiar tu cándida inocencia
De dulces sones al vibrante arrullo,
Pintarte venturosa la existencia?
¿O se estremece al palpitar tu seno
Hoy tan ageno al padecer, tranquilo,
Verle algun dia de dolor deshecho
Y de amargura y sinsabor asilo?
Mas ¿qué dirán tus lábios, si la estrella
Que presagió la aurora de tu vida
Apenas se eclipsó, ¡ay! si es tan bella
Esa senda de flores guarnecida?
¿Qué han de decir tus lábios, tierno niño,
Si cuando el mundo huella nuestra planta
Todo en él es amor, todo cariño,
Y nos fascina en él delicia tanta?
No corras, ángel, no; corta es la senda,
Ni sabes do conduce su espesura,
Y de la infancia al desceñir la venda
Tal vez te perderás en su fragura.
Y verás de la vida á cada paso
En torno tuyo al infeliz viviente,
Sin tregua en su dolor, llevando acaso
Su impuro sello en la marchita frente.
Y has de escuchar el enojoso llanto
Del que á tu lado sus desdichas llore,
Sin poderle ofrecer en su quebranto
El soláz bienhechor que de ti implore....
Feliz en tu ignorancia, cada dia
Mas sereno y mas puro te amanece,
Que ese cielo en que bebes tu alegría
Jamás de oscuras nieblas se guarnece.
Vida y placer del alba á los fulgores
Agitan de tu seno los latidos,
Y aspiras del ambiente los olores
Entre halagos y besos encendidos.
Y si sonries, tu sonrisa pura
Del rojo lábio al descender tranquila,
Es rayo de esperanza y de ventura,
Que de celages á través oscila.
Mira en torno sinó, y donde quiera
Verás te sigue tierna y diligente
Una mirada dulce y lisongera,
Centella del cariño mas ardiente.
Es el amor que todo un Dios inflama;
Sublime, encantador, amor divino:
El que en tus dias su virtud derrama
Y de tu vida, en fin, marca el destino.

Es la gota de rocío
Que cae en tí, flor hermosa,
Vaga brisa que te mece,
Sol que ardiente te colora.
Ave que en pensil ameno
Escondida entre las hojas,
Con melodiosos gorgeos
Tus puras gracias pregona.
Linfa de terso cristal
Con verde césped por orla,
Que retrata en sus espacios
Tu belleza encantadora.

Es un arcángel del cielo
Que vela tus breves horas
Y meciéndote en sus brazos
Tus dulces sueños evoca.
La que confunde su aliento
Con ese aliento de aroma,
Pues que el ambiente perfuma
El ambiente de tu boca.
Es, en fin, tu tierna madre,
En cuyos lábios de rosa,
No han de faltar puros besos
Que te digan cual te adora.

Yo la miré contemplando
Tus puras gracias un dia,
Mientras que en dulce armonía,
Tu leve sueño halagando
Así en su canto decia:

«*Gaya flor, entre las flores*
La mas bella y delicada,
Tú eres la flor mas preciada
Del vergel de mis amores.

Duerme en paz, ángel hermoso,
Al compás de mis cantares,
Ageno de los pesares
Que brinda el mundo engañoso.
Tú eres el blando reposo
Alivio de mis dolores;
Y aun desprecio los rigores
Que atormentan la existencia,
Mientras respire tu esencia,
Gaya flor entre las flores.

Si á mis pies el mundo entero
Por su reina me eligiera,
Porque al trono pospusiera
Tu amor cándido y sincero,
Viérasme, madre, primero,
Burlar tanto poderío,
Que renunciar, hijo mio,
De tu halago las fruiciones;
De todas mis ilusiones
La mas bella y delicada.

Si flores son en la vida
El amor gloria y placer
Que alcanzan adormecer
De los pesares la herida,
Ninguna á tí parecida,
Pues que aun del sol guardada
Y en tu capullo encerrada,
Tan pura viertes tu esencia....
Por eso de mi existencia
Eres la flor mas preciada.

Hermoso si estás dormido,
Y al despertar de tu sueño
Mas hermoso y mas risueño
Te contemplo, ángel querido.
Si de mi pecho rendido
Te son gratos los favores,
Porque al despertar no llores
Te guardo un ardiente beso,
Que eres todo el embeleso
Del vergel de mis amores.

Al manso soplo de flotante viento
Tus dorados cabellos se estremecen,
Mientras mis brazos con placer te mecen
amorosos.
¿Sueñas acaso de mi ardor la llama,
Y por eso tus lábios entreabriendo
Esa dulce sonrisa van vertiendo
ruborosos?

Si esos tus sueños son, dispierta al punto,
Que no es bastante la ilusion de un sueño
A decirte, mi bien, con cuanto empeño
Yo te adoro,
Como no alcanza el sol de entre las nubes
Y á través de su niebla y sus vapores
Ostentar sus radiantes esplendores
De grana y oro.

Dispierta, sí; tus ojos esplendentes
Me brinden sus fulgores,
Mira los mios de placer ardientes
Diciéndote inocentes
La viva intensidad de mis amores.

Y cíñeme tus brazos de azucena
En torno de mi cuello,
Que mi alma por tí respira llena
Del aura mas amena
Que el sol respira en su gentil destello.

Yo seré para tí un mundo,
Un mundo ageno de engaños
Donde no escuchen tus años
La voz del dolor inmundo.
En tí mi esperanza fundo,
Mi placer en tu hermosura,
Mi delicia en tu ternura....
Y si en el cielo confio
Es porque el cielo, hijo mio,
Ha de darte su ventura."

Aquí en su canto llegó
Mas, sensible á dicha tanta,
Su dulce voz pereció
Ahogada en su garganta.
Porque al abrir, tierno niño,
Tu pupila encantadora,
Tiñendo tu faz de armiño
Tu sonrisa seductora,
Ella tierna y palpitante
Dejó brillar en sus ojos
Dos lágrimas de diamante,
De su amor dulces despojos.

José Ramon Villegas.

ESCENAS VALENCIANAS.

UN BAILE DE GANDIL.

ARTICULO 2.º

Cortos eran los momentos que habian trascurrido desde la ausencia de Riolleno, que con la mayor solicitud se fue á comprar un bordon para la guitarra; entretanto se apeló por los concurrentes, para matar el tiempo, á una conversacion amena y picaresca, se habló de intrigas amorosas, de casamientos en proyecto, y de bodas en fin, por variar: á lo mejor del

lance, pues, oimos que Riolleno con tremendos aldabazos llamaba para que le abriesen; así lo efectuaron, mas ¡oh desolacion! sube el *bonus vir* maldiciendo á todo trapo, y patea y se enfurece: con mil trabajos sobre su alma se presenta ante nosotros, y una esclamacion general se levanta entre todos al verle como un S. Lázaro cubierto de lodo y lleno de agua que por todas partes le goteaba.—¡Tadeo de mi alma!—¡Papá!—¡Amigo!—¡D. Tadeo! Hé aquí las voces que sonaron en confusion al enseñarse Riolleno; y él dijo para tranquilizar á todos.

—Nada, señores, nada, cae una lluvia de los tres mil diablos, que me ha cogido de lleno: VV. no la oyen porque ocupan una habitacion encentrada; pero, si es mucha cosa, parece que la nube ha venido espresamente á dejar caer una manga sobre mí.

—¡Que bueno es esto para los campos! esclamó D. Pepito con gachonería.

—Para el diablo, que cargue con la crisma de V. es esto bueno, añadió D. Antonio, y las niñas le detuvieron para que no tronase en su cólera contra el atrevido doncel que se chanceaba; despues de ello preguntábanle conmovidas, pero ¿y el lodo de qué proviene, se cayó V. por ventura?

Riolleno contestó, ¡ay hijas mias! la confianza en mis piernas me ha perdido; venia cuidando de no caer en un lodazal, y al dar un salto, redondamente me quedé tendido en el suelo sin poderme valer de los remos; llevaba la capa con el embozo puesto, y hé aquí la mayor fatalidad, para verme imposibilitado de poder levantar el cuerpo en aquella violenta posicion: qué disgusto, qué pena; y á todo ello cayendo el agua á torrentes, daba mil vueltas sin adelantar un palmo en aquella aflictiva jornada; pero lo mas triste era que nadie venia á socorrerme, porque unos caballeritos danzantes que parecian llegar hácia donde yo estaba, dijeron al verme tendido: «huye, Blas, aquel bulto es alguna víctima de la traicion que quedó en medio de la calle despues de perpetrarse el delito" y picaron espuela corriendo como galgos para huir y situarse lejos del crímen; entonces me ví desesperado y comencé á llamar pidiendo ausilio: bien pronto salieron de las casas inmediatas, y poniéndome en pie que era toda la dificultad, dí las gracias á aquellas buenas gentes, y he llegado echando venablos, como VV. se harán cargo, por el maldito lance.

Muchos reprimieron la carcajada, tan natural en semejantes casos; pero D. Pepito, que estaba tocado de la mano de Dios, como suele decirse, soltó la tarabilla con espresiones punzantes y risas mal contenidas; todos le miraron con disgusto, y él añadió con sardónica intencion:—Señores, esto nada vale, D. Antonio sabe nadar como una rana, y por su habilidad merece un premio, ya que salió tan dignamente del charco en que por humorada tal vez se habrá bañado.

—Es V. inaguantable, D. Pepito, y mejor es callar, porque de lo contrario.... replicó D. Antonio cerrando los puños en ademan amenazante.

—Si eso es chanza todo, Sr. D. Antonio, ya V. sabe el buen humor de nuestro amigo, digimos todos; y Riolleno quedó enteramente satisfecho yendo á mudar de ropa por invitacion de su familia un tanto contristada por la ocurrencia que aquel habia contado.

Ea, no perdamos el tiempo, añadió la esposa de D. Antonio, propon-

gan VV. un jueguecillo de prendas entretenido: «las calabazas" «el amor mio," el pase de una sortija ó cualquier otro. Y nos volvimos á sentar del mejor modo ocupando cada uno su antiguo puesto; por fin, decidióse la reunion por el insinuante juego de calabazas, entrando las mamás en círculo para que viniese bien al número de pretendientes amartelados que esperaban alguna circunstancia, para adivinar cuanto pudiera halagarles con respecto á aquellas bellezas.

Bien pronto fueron colocadas en forma, como saben nuestros lectores que se acostumbra en tales casos y para tal juego; se cruzaron accidentes mas ó menos notables, y la eleccion fue hecha sin consultar mas ley que la emanada de la voluntad espresa de los concurrentes; hubo quien creyó de felices augurios el haber merecido atencion de una señorita, y quien maldijo la suerte infausta de obtener preferencia de alguna mamá, que trataba de apurar la paciencia del víctima con estas frases.—¡Oh! V. debe quedar muy descontento por la eleccion....—¡Ah! no señora, al contrario, soy dichoso por la idea de haberme V. concedido esta fineza: á mí me gustan las personas de juicio, porque.... aquí solia decaer el vuelo de la fantasía, porque la nieve y el fuego no pueden subsistir juntamente.

Que se dé una prenda por todos, esclamaron las niñas:—y Amalia y Cármen que están un tanto retraidas por haberse ido á confirmar hoy con tanto sigilo y dejado caer las cortinillas del carruage, ¡ay picarillas, todo se sabe!—Estas bellas que den dos prendas digimos nosotros:—sí, sí, se acepta; y en tanto se depositaban en poder de una respetable mamá, algunos guantes, petacas, llaves y otras cosas, en crédito de lo que se llama pagar prenda, como palabra técnica y usual.

Sentencie V., señora, digimos á la cara mitad de Riolleno; y ella en tono festivo y poniéndose cari-alegre añadió:—«Sentencio que los caballeros contenten á las señoras, y que éstas les digan un secreto y una confianza; fácil es concebir el movimiento consiguiente á estas escenas, que muy pocos lectores dejarán de haber egecutado muchas veces; en tales ocasiones se aprovechan los momentos, y el menos diestro, sabe hacer una declaracion á las deidades que parezcan mostrarse propicias á propagar la llama de su amoroso encanto. Se vió, pues, en poquísimo tiempo, «formar un ramo" «hacer el cariñito de Cádiz" «ponerse en berlina" «dar un suspiro" á las señoritas;—y al sexo feo «poner cuatro pies en pared" «contentar á las bellas" «hacer el correo y la puerta del sol," con el aditamiento de ¿me quieres? te quiero, dame el dedo.—¿Me amas? te amo, dame la mano.—¿Me adoras? te adoro, dámelo todo, etc. etc., y otras lindezas de este género. No se sacó, pues, mal partido del vetusto entretenimiento que hemos puesto ligeramente á relucir; el caso era pasar las horas al lado de aquellas beldades, y con tal de que así fuese, todos los medios parecian en alto grado adaptables.

Nuestros lectores habrán notado que el impertérrito D. Pepito dejó de hacer ruido y mover bulleta, desde que se estaba mudando la ropa el clásico Riolleno; éste apareció como en trage de pascua, habiéndose renovado enteramente, y dijo interrumpiendo la diversion:—¿En dónde está ese perillan de D. Pepe? que se burle ahora de mi talante: se echó de menos con efecto al jóven ilustre que nos servia de gefe en aquella noche; pero bien poco tardó la reunion en tener la malhadada nueva de su estado: una niña de ocho á diez años entró en la sala corriendo asustada, se re-

quirió á la misma para que hablase, y dijo:—Mamá, ¡el bú en la cocina, que feo!—Los que conociamos á D. Pepito, no dudamos un instante de alguna calaverada, pero no llegábamos á creer que lo fuese en tanto estremo; Riolleno entró en la cocina, y al momento lo vimos salir corriendo, y á D. Pepito detrás con una escoba en mano y en el estado mas lastimoso: nuestro benemérito amigo se bebió unas copas de malvasía y comió algunos pastelillos con que pensaba obsequiarnos D. Antonio, y por tal motivo llegó á embriagarse echándola de valenton; en la cara llevaba cinco dedos marcados de negro de sarten, que la criada le habia impreso por medio de un bofeton, en cámbio de unas caricias que aquel la dispensó: ¡qué estado el de D. Pepe! aparece con escoba en ristre, y dando mil bravatas al viento, trata de sentarse, y el espíritu maligno hizo que lo efectuára encima de la guitarra, hecha trizas al momento por tal ocurrencia.

En el lance suscintamente relatado, no podiamos contener la risa, y esclamó D. Pepito con acento y maneras de un ébrio:—Dicen que no me divierto, pif ja ja jarrrrr, rábie V., D. Antonio: sabe V. que es mi pa padre, yo ma mataré al que me haga ma mala cara, D. Antonio, V. se se bañó con aagua, yo coon vino, los dos nos heemos babañado, yo quiero casarme coon una niña deee esas que veo.

Apurada era la situacion, y todo andaba revuelto en aquella casa, las niñas se escondian, las mamás parecian entregadas á las furias por las sales picarescas y alusivas de D. Pepe contra las mismas; Riolleno se iba atemorizando por el ademan amenazante del vencedor; en tal caso nos apoderamos de D. Pepito arrancándole del campo de batalla, y resueltos á dejarle en su propia cama; porque el tal mozo subia de humos hasta el punto de querer á todos apalearnos: nos despedimos pues.

Don Antonio encendido en cólera dijo á nuestro amigo D. Pepito: los amigos de V. tienen esta casa á su disposicion, pero tenga V. la bondad de no acercarse mas por aquí; entretanto bajábamos al invencible compañero, que dirigiéndose á Riolleno le decia: viejo-verde, usurero, mala facha y otras cosillas por el estilo; pudimos por fin conducirle á su morada, y al despedirse de nosotros, añadió entre otras ocurrencias, «ma mañana os presentarée en casa de otras ninfas, yyy noos divertiremos mas que esta noche;" nos retiramos pues celebrando en cierto modo las diabluras y poca aprension de D. Pepe: el pacífico Riolleno nos dijo al hacerle la visita de etiqueta, amigos mios, no mas tertulias ni menos teniendo en casa al badulaque de D. Pepito.=*Francisco de Paula Gras.*

JACOBO BRUNELL.

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

—Es verdad, me intereso mucho, pero es porque tengo derecho á hacerlo. La viuda del conde de Nerville es madre de mi esposa.

—¡De vuestra esposa! esclamó el presidente.

—Muera el traidor, gritaron algunos.

Victoria, con los ojos fijos en tierra, oia todo esto. Su corazon latia con violencia.

—Esta jóven, añadió Brunell, es su hija y mi esposa. Si la convencion no se dá por satisfecha de la inocencia de la acusada al verla defendida por el ciudadano Brunell, puede hacer nuevas averiguaciones. Yo me sujeto á la accion de la ley, y si es falso lo que acabo de decir, entregaré gustoso mi cabeza á la guillotina nacional, como he sabido en otras ocasiones entregar mi cuerpo al plomo de los enemigos.

—¡Bien, bien! gritaron muchas voces al mismo tiempo que otras esclamaban: ¡Viva el ciudadano Brunell!

—Os creemos, ciudadano coronel, dijo el presidente; participad á vuestra defendida que queda absuelta del crímen de que es acusada. Id con Dios, y que el amor no os haga olvidar que vuestra vida pertenece á la patria.

Brunell y su esposa salieron del salon en medio de las felicitaciones de sus amigos.

En la calle les aguardaba un cabriolé, en el cual subieron. El primer pensamiento de Victoria, luego que se vió libre, fue partir para la quinta á comunicar á la baronesa el feliz resultado; pero como Jacobo no podia salir de París sin licencia, hubo de conformarse y esperar á que la obtuviese.

VI.

Dos dias despues Jacobo habia obtenido permiso para ausentarse de París.

Victoria se hallaba sola en casa con su camarera, disponiendo su pequeño equipage cuando llamaron á la puerta.

—¡Dios mio! esclamó la jóven, ¿quién puede ser?

—Vuestro esposo tal vez, contestó la camarera.

—No, no: apenas hace una hora que salió y me dijo que no volveria hasta las doce.

En esto volvieron á llamar.

La camarera abrió la puerta y vió entrar al viejo Ramon: apenas le reconoció, lanzó un ¡ay!

Victoria acudió al oir aquel grito dado por su camarera.

—¡Señorita! esclamó Ramon, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas rodaban por sus megillas.

—¿Qué sucede? ¿A qué habeis venido? ¿Mi madre se encuentra peor?

Ramon nada contestó. Este silencio hizo temblar á Victoria.

—¡Por Dios! hablad.

—Vuestra madre ha muerto.

—¡Ah! pobre madre mia, tanta desgracia debian acabar con su existencia.

—Sin embargo, ella las habia resistido todas como la encina que desafia en el desierto la cólera de los vientos y el furor de las tempestades, pero la pobre no pudo ya resistir el último golpe.

—¿Mi casamiento?

—Sí, vuestro casamiento, ese último golpe le ha abierto las puertas del sepulcro.

Victoria cayó desmayada. Ramon aprovechó este suceso para huir de aquella casa, temiendo ver entrar al ciudadano Brunell.

VII.

CONCLUSION.

Victoria lloró la muerte de su madre, pero como el dolor no puede ser muy duradero en un corazon de 20 años, prontó el amor de Jacobo lo borró de él, borrando tambien hasta la última preocupacion de la clase en que habia nacido.

Jacobo Brunell siguió siendo celoso ciudadano en tiempo de la república, y en cien batallas demostró, que aunque unido á la hija de un aristócrata, conservaba indeleble su ódio á los realistas. Esto no impidió el que algunos años despues, cuando la Francia republicana se dejó dominar por el coloso Napoleon, nuestro conocido Brunell cambiase su modesto nombre por el título de duque de Luiñe. Es de advertir que tampoco se olvidó de reclamar los que pertenecian á su esposa Victoria, como hija del conde de Nerville y de la baronesa de Doimar. Hé aquí lo que es el mundo y lo que son los hombres.=*J. P.*

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

EL HOMBRE FELIZ.=EL LAUREL Y EL TRONO, *loa dedicada á S. M., puesta en música por el Sr. maestro Zerilli.=Beneficio del Sr. Comerma.*=EL AMANTE MISTERIOSO, *traduccion de D. J. Gil.*

Cuando las sociedades han llegado á un grado de civilizacion, tal, por egemplo, como el que alcanza la Europa moderna, nada estraño es que la poesía dramática avance á presentar casi materializados con las formas populares de la escena los misterios y amarguras del corazon, vagamente adivinados y dulcemente embellecidos por los ayes de la poesía lírica. Esta voluptuosidad del dolor, espresion constante de los sentimientos de goce y decepcion tan profundamente encarnados en nuestra naturaleza, y así que se suceden y contrastan en nuestro corazon como las olas en un mar tempestuoso, puede, literariamente considerada, suplir y aun reemplazar con notable ventaja en muchos casos al gastado recurso del amor, lugar comun del arte dramático moderno; que las *ilusiones perdidas*, los desengaños sufridos por un hombre de mundo tambien pueden suministrar peripecias, situaciones, contrastes y carácteres para formular con éxito la humana comedia del siglo XIX. Así, pues, como la blanda lira de Petrarca reflejó evidentemente sus delicadísimos conceptos en las academias ó certámenes de amor y galantería tan frecuentes en nuestras antiguas comedias, despues de Byron, Chateaubriand y Lamartine, el escepticismo ó el indiferentismo al menos sobre los goces perecederos de la vida, tal cual se com-

prende hoy dia en el mundo civilizado, ha debido descender á la escena pública desde las vagas regiones de una aspiracion puramente lírica. *El hombre feliz*, deciamos, es un trozo brillante de la poesía dramática de la decepcion: *El hombre feliz*, repetimos que es un sarcasmo dirigido á la sociedad actual, generalmente ciega en órden á las miserias de cierta índole; es una variante del respetable texto: vanidad de vanidades, y todo en la vida es vanidad; es por fin, como debimos presentirlo, el comentario dramático de aquellos ayes de Espronceda:

¡Treinta años!
¡Funesta edad de amargos desengaños!

Casi de las propias palabras usa el Sr. Rubí en la composicion que analizamos.

D. Fac. ¿La edad de usted?
Amalia. Veinte años.
D. Fac. ¡La de los dorados sueños!...
Viva usted diez años mas,
Hija mia.... y hablaremos.

Y el mismo pensamiento se reproduce como tema del filosófico monólogo que sigue en la escena VII del acto 2.°

No obstante, el complemento literario de *El arte de hacer fortuna* no podria comprenderse en toda su profundidad sin recordar que el protagonista D. Facundo Torrente, á quien vemos hoy arruinado, entr do en edad y sobre todo cruelmente desengañado, es aquel mismo géniohábil, emprendedor, poderoso, rico, mozo afortunado y amabilísimo que casi creó de la nada la felicidad y el porvenir de los dos esposos D. Angel y Doña Sofía. Pero Rubí no podia olvidar la oportuna aplicacion del repetido, *donec eris felix*, de Ovidio, y así es que el ministro D. Angel Vinuesa, engreido de su poder y buena fortuna, apenas conserva hácia Torrente sino el frio recuerdo de una amistad disuelta en el mar de una dilatada ausencia. Sofía, sí, la muger que por su misma naturaleza se presta menos á esta neutralizacion de la gratitud por la soberbia, es el ángel bueno que le resta á D. Facundo hasta llegar al término de su carrera sobre las vanidades del mundo; y en efecto, ella es la que le reconcilia con su orgulloso amigo, sirviendo de espíritu celestial de union, ya que no de ventura. Al desarrollo de este plan, y para mostrar la consecuencia del carácter de D. Facundo, faltaba que pudiese todavía ostentar su generosidad é ingenio en pro de los dos esposos, y hé aquí como se conduce el autor en este terreno. D. Fermin, director de un periódico ministerial, conserva en fuerza de su oficio é intimidad con Angel, ciertos secretos que éste le ha revelado por escrito, cuyo interesante contenido pretende el periodista hacer servir como de palanca para atraerse el amor culpable de Sofía; pero escusado es decir que este carácter angelical é inmaculado solo le devuelve por sus amenazas el ódio. Sin embargo, D. Fermin insiste por la via del anónimo con obgeto de vengarse, á tiempo que sorprendido por la sagacidad é *impromptu* de Facundo, cae en el lazo de creerle agente secreto del poder en contra de Angel, y vende sus secretos escritos por una suma de dinero bastante á satisfacer la codicia de un carácter señalado desde el principio como miserable. Pero ¿de dónde le han llovido á Torrente tantos recursos? Fuerza es atribuirle gran desprendimiento y mucho indiferentismo cuando se quiere suponer que hasta se habia olvidado

de los fondos que le remite en letras á la vista un honradísimo comerciante de Amsterdam. Séase de esto lo que se quiera en punto á verosimilitud, Angel que sospechaba de Facundo en virtud del anónimo de D. Fermin, recibe las notas ó secretos reclutados que aquel le entrega, y perfectamente orientado del verdadero fin de Torrente á beneficio de un escondite, acaba por castigar con el desprecio y la ostentacion de su conyugal armonía al director D. Fermin, sumido de rodillas por Facundo hasta el polvo de la degradacion y descrédito mas completos. El episodio de los eruditos amores del imbécil folletinista D. Camilo con la jóven Amalia, forman como una media tinta de gracia satírica que descarga el cuadro sarcástico de las decepciones que va pintando D. Facundo en varias escenas, como aquel que sucesivamente va enseñando las vistas de un panorama óptico hasta venir á apagar la luz, ó sea la ilusion que hacia tan halagüeños aquellos mismos paisages. Amor, amistad, caridad, ambicion, de todas las copas del placer ha gustado D. Facundo, hasta hallar en su fondo el terrible desengaño que le ha vuelto repugnante é indiferente á todo; *nada por nada* es su lema, y sin embargo, á ese *hombre* la sociedad le llama *feliz*. La comedia del Sr. Rubí, un drama en que el corazon representa un papel tan interesante, encierra este pensamiento moral: el hombre mas feliz del gran mundo, al entrar dentro de sí mismo á influjo de la edad, de la reflexion y de una peripecia consiguiente á los placeres de dar y de gozar los encantos sociales, encuentra el vacío de la felicidad mundana en la tierra y la amargura del desencanto y la esperanza defraudada en su corazon. Pero el D. Facundo de Rubí no es un hombre vulgar como un galan cualquiera de nuestras comedias adocenadas, lo que ademas de demostrarse por sus rasgos mas característicos, se encuentra marcado en los siguientes versos al discutir sobre sí en una *sociedad tan falláz y corrompida* como la nuestra, *puede ofrecer la vida algun encanto al hombre honrado.*

D. Fac. Convendrá advertir de paso
Que al sostener eso aquí,
Solamente hablo por mí,
Y los que estén en mi caso.

Toda esta escena sexta del acto tercero, es una leccion severa de escepticismo dirigida á los que inconsideradamente creen en el Eden presente de la perfeccion social. La política, ó mas bien las costumbres políticas, hallan una ocasion natural de manifestarse en toda su ridícula desnudéz, cuando en el seno de la amistad ó de la necesaria confidencia, aparecen ante el público tan punibles como la sórdida avaricia de Harpagon ó la tiránica tutela de los barbas de Moreto. Pintar la sociedad en que vive tal cual existe es la mision del poeta dramático, razon por la que el señor Rubí la ha retratado bajo su aspecto político y social, que son, á no dudarlo, los mas interesantes en estos tiempos de movimiento y de discusion; debió colocar la escena en casa de un ministro, y las conversaciones no podian en tan elevada region versar sobre trivialidades de orígen vulgar; en fin, el aplaudido autor á quien aludimos, demostró primeramente cuán fácil es hacer fortuna en estos tiempos, viniendo luego á demostrarnos lo poco que vale para sanar las heridas del corazon. *El hombre feliz* es pues el Judío errante del siglo XIX, que no alza sus ojos al cielo por medio de la contemplacion mística, porque seria la personificacion de un

anacronismo notable en medio de una sociedad gastada en gran parte por la corrupcion de los goces llamados por una misteriosa antifrasis *positivos*.

Verdad es que pudiéramos objetar, bajo el punto de vista dramático, la inverosimilitud del carácter de D. Fermin, algo torpe para director de un periódico ministerial, así como cierta exageracion en el personage del folletinista, pero al apuntar este y otros pequeños lunares análogos, involuntariamente recordamos aquellos versos de Horacio:

Verum ubi plura nitent ni carmine, non ego paucis
Offendar maculis, quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura....

Del estilo y versificacion de esta comedia digimos lo bastante en el artículo anterior, porque si no nos seria difícil citar relaciones enteras de lenguage acabado, segun las inspiraciones del mejor gusto, lo creemos impertinente tratándose de una celebridad poética como el Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.

El domingo 19 oimos con gusto una loa del poeta D. Víctor Balaguer, titulada *El laurel y el trono*, puesta en música por el Sr. maestro Zerilli, actual director de nuestra compañía lírica. Trozos brillantes de armonía, pensamientos melódicos de alguna novedad, y un conjunto regular, son las cualidades mas apreciables de esta composicion, recibida con agrado por una numerosa y escogida concurrencia. A seguida fue aplaudido como siempre el precioso drama *D. Francisco de Quevedo*, caracterizado con inteligencia por el Sr. Guerra.

El beneficio del Sr. Comerma no ha ofrecido mas de notable que la gracia del Sr. del Rio, apurando todos los recursos de su travesura para conseguir una risotada ó un aplauso. Verdad es que la comedia de gracioso *No puede ser guardar una muger*, apenas por otra vía puede escitar interés en estos tiempos en que su honor las sirve de alerta; pero en fin, ¿por qué hacerla descender en varias escenas á la mezquina esfera de un grotesco sainete? Ni aun esta denominacion, nada lisongera, podemos conceder de buena fé á *La venganza de Alifonso*, verdadero mónstruo de dos cabezas, profanacion del arte lírico, vaciedad indigesta y detestable.

Otra piececita nueva en dos actos ha alternado con las óperas *Macbeth* y *Gemma*, egecutadas como es sabido. *El amante misterioso*, traduccion de D. J. Gil, pudiera titularse con mas propiedad el amante sordomudo, porque esta circunstancia es la que forma el verdadero misterio ó intringulis de la composicion. Falta de argumento, la accion dramática decae en mas de una escena inútil para el nudo y desenlace, romancescos y gastados como los que mas. Unicamente el malicioso lenguage de accion del enamorado mudo y su posicion escéntrica respecto de su amada, son los puntos de apoyo que han sostenido esta traduccion, evitándola el vergonzoso Leteo que ha devorado á tantas otras de su jaez. Los Sres. Ibañez y Guerra merecieron aplausos por su maligna pantomímica, al definir por el aislado medio de la accion los gefes de las tres formas de gobierno mas conocidas: las Sras. Valero y Rimbau desempeñaron bastante bien sus papeles.

Advertencia. Con el número siguiente se repartirá *gratis* á nuestros suscritores el retrato primorosamente litografiado del actor D. Ceferino Guerra.